

## LA PUERTA

¡Oh!—exclamó Carlos Massouigny—verdaderamente resulta complicado el asunto de los maridos complacientes. Yo los he conocido de todas clases y, sin embargo, no podría formar juicio de ninguno. Muchas veces he intentado saber si son ciegos, débiles ó perspicaces, y creo que los hay de las tres maneras.

Pasemos por alto á los ciegos; éstos, en rigor, no son complacientes, puesto que lo ignoran; son, á lo sumo, unos pobres borregos, que no ven más allá de sus narices.

Resulta muy curiosa y digna de notarse, la facilidad con que los hombres, y también las mujeres, se dejan engañar. Caemos en todos los la-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO..."  
Año 1926



zos que nos ponen cuantos nos rodean, nuestros hijos, nuestros amigos, nuestra servidumbre. La humanidad es crédula; no nos preocupamos gran cosa de recelar, adivinar y descubrir los pensamientos de los demás, la solapada intención de las delicadezas, que nosotros mismos empleamos cuando queremos engañar á otro.

Los maridos perspicaces pueden subdividirse á su vez en tres categorías: Los interesados—por satisfacciones de dinero, de ambición, ó de cualquier otra clase—en que su mujer tenga uno ó varios amantes. Estos procuran sólo cubrir las apariencias y viven contentos.

Los que rabian. Podría escribirse acerca de los tales una interesantísima novela.

Y por último, los débiles, temerosos de un escándalo, de ir en lenguas.

Los hay también impotentes ó, mejor dicho, fatigados, que huyen de los goces conyugales por miedo á la ataxia ó á la apoplejía, y se resignan á ver cómo un amigo arrostra semejantes riesgos.

Yo conocí á un marido—ejemplar bastante raro—que se libraba del accidente común de una manera delicada y original.

Vivía en París un matrimonio elegante, distinguido, y muy bien relacionado. La mujer, frívola,

esbelta, delgada, pero de buenas formas, tenía fama de haber corrido algunas aventuras. Me agradó por su gracia y su agudeza, y creí que yo no le disgustaba. La distinguí mucho, con galanterías de buen género, que pagó ella con evidentes provocaciones. Pronto llegamos á las miradas ardientes, á los apretones de manos, á todas las complacencias que preceden al ataque decisivo.

Yo, sin embargo, dudaba. Opino, que la mayoría de las aventuras amorosas, no merecen las zozobras que nos cuentan y los compromisos que pueden acarrearlos. Comparaba yo, mentalmente, los gustos y los disgustos que podía esperar ó temer, cuando advertí los recelos del marido.

Una noche de baile, mientras me divertía requebrando á la señora, en un saloncito próximo á los salones donde bailaban, vi de





pronto, reflejado en un espejo, un rostro que nos observaba. Era él. Nuestras miradas se cruzaron. Le vi luego, en la imagen también, que volvía la cabeza para irse.

Y dije á la señora:

—Su esposo nos acecha.

Pareció asombrarse:

—¿Mi esposo?

—Nos mira sin cesar; con disimulo.

—Se lo ha parecido á usted.

—No; es de veras.

—Lo extraño, porque suele mostrarse muy afectuoso con mis amigos.

—Tal vez adivina que la quiero á usted.

—Aunque lo adivine. Otros me galantean, y él no hace caso. Todas las mujeres que frecuentan la sociedad tienen un ejército de admiradores.

—Pero no las quieren como yo la quiero á usted, apasionadamente.

—Aunque así sea, ¿usted supone que un marido adivina jamás?

—¿De manera que no es celoso?

—No..., no...

Y después de meditar unos instantes, añadió:

—Nunca he notado que fuese celoso.

—¿No desconfía de usted nunca... nunca?

—No... Ya le dije que se muestra muy afectuoso con mis amigos.

Desde aquel día la pretendí, asediándola constantemente; no porque la mujer me agradase más; lo que me decidía era la sospecha del marido, sus celos.

En cuanto á ella, la juzgaba fríamente y sin pasión. Tenía cierto encanto mundano; alegre, amable, animada, pero sin ninguna seducción real y profunda. Como he dicho antes, era frívola, completamente superficial, con una elegancia tumultuosa. No sé cómo decirlo: era... un decorado, no un hogar.

Un día que comí en su casa, me dijo el esposo al despedirme:

—Amigo (ya me daba ese nombre de tiempo atrás): pronto nos iremos al campo, donde nos agrada recibir á las personas que distinguimos. ¿Quiere usted honrarnos siendo nuestro huésped una temporada? Se lo agradeceremos infinito.

Asombróme su proposición, pero acepté.

A los pocos días, reuníme con ellos en sus posesiones de Vertcresson, en Turena.

Salieron á recibirme á la estación, que dista seis kilómetros de la finca. Eran tres: ella, el marido y otro caballero, el conde de Morterade, á quien me



presentaron, y que pareció muy satisfecho de conocerme. Las ideas más extrañas cruzaron mi cerebro mientras avanzaba el coche al trote largo de los caballos, por un precioso camino entre dos márgenes de verdura. Yo iba diciéndome: ¿Qué significará esto? Hay aquí un marido que indudablemente conoce mis amoríos con su mujer, y me invita, me recibe, me agasaja, y parece decir: «Vamos, compañero, ¡adelante!» Luego me presentan un caballero, todo un caballero, buen mozo, á fe mía, instalado ya en la casa y... que busca tal vez un pretexto para largarse, por lo cual festeja mucho mi llegada. ¿Es acaso un antecesor que desea el retiro? Puede muy bien suponerse; pero... ¿Estarán de acuerdo, tácitamente, los dos hombres, por uno de los ignominiosos pactos de conveniencia mutua, tan corrientes en sociedad? Y procuran, sin advertírmelo, soltar sobre mis hombros la carga, cederme sus oficios. Me tienden las manos, me tienden los brazos, me abren todas las puertas y todos los corazones. ¿Ella? Un enigma; no debe, no puede ignorar nada. ¿Sin embargo?... ¿sin embargo?... En fin, ¡ique no lo comprendo!

La comida fué muy alegre y cordial. Después, el marido y el otro quedáronse jugando á los naipes, mientras yo salí á contemplar la luna desde la es-

calinata, con la señora. La cual parecía emocionada por la Naturaleza, y juzgué próximo el momento de mi felicidad. Aquella noche, verdaderamente, mi amiga estaba encantadora. En el campo me pareció más dulce, ó acaso más lánguida; su esbeltez lucía sobre la escalinata de mármol, junto á un jarrón monumental donde tendía su ramaje un arbusto. Y sentí deseos de conducirla bajo los árboles, y arrojarle á sus pies murmurando palabras amorosas.

Oyóse la voz de su marido que llamaba:

—¡Luisa!

—¿Qué quieres?

—No te olvides del te.

—Voy al punto.

Entramos, y Luisa nos sirvió el te.

Los dos hombres, acabando su partida, no acertaban á disimular el sueño; fué preciso retirarse á los dormitorios. Yo tardé mucho en dormirme y dormí mal.

Al día siguiente proyectamos una excursión para después de almorzar, y salimos en coche descubierto para ver unas ruinas.

Ella y yo íbamos en el testero, y frente por frente, iban sentados el marido y el otro.

Hablábamos con vivacidad, con simpatía y con-



fianza. No tengo padres ni hermanos, y me pareció que había encontrado á mi verdadera familia.

De pronto, habiendo avanzado ella el pie entre las piernas de su marido, éste le dijo en son de reproche:

—Luisa: te ruego que no vuelvas á ponerte unos zapatos como esos. Debes presentarte con la misma pulcritud y no establecer tales diferencias entre París y el campo.

Bajé los ojos. Llevaba, efectivamente, unos zapatos viejos y de tacones torcidos; vi además sus medias algo arrugadas.

Ella se ruborizó, escondiendo el pie bajo la falda. El amigo contemplaba el paisaje lejano, indiferente á todo.

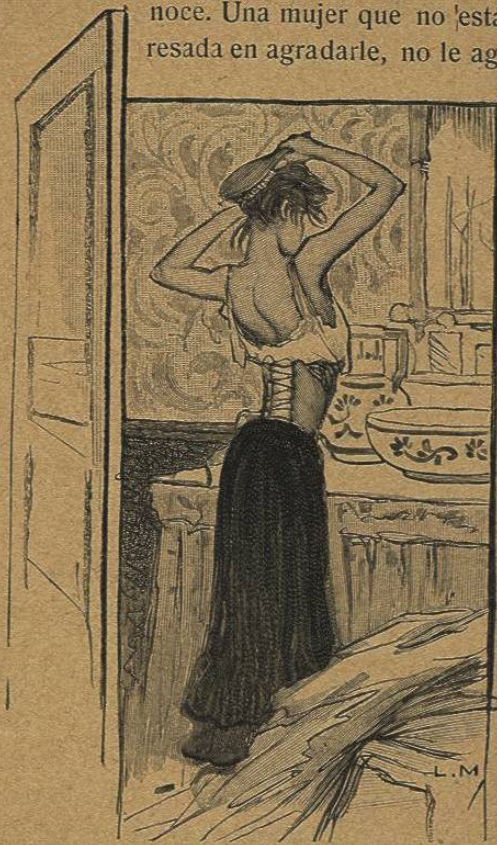
El marido me ofreció un cigarrillo y lo acepté.

Durante muchos días me fué imposible estar ni dos minutos á solas con ella, pues él nos acompañaba constantemente á todas partes, mostrándose muy afectuoso conmigo.

Una mañana que subió á mi cuarto para invitarme á dar un paseo, antes de almorzar, hablamos de matrimonio. Yo hice algunas frases acerca de la soledad, y otras acerca de la existencia compartida, endulzada por la ternura de una mujer.

El me interrumpió bruscamente, para decirme:

— Amigo mío, no hable usted de lo que desconoce. Una mujer que no está interesada en agradarle, no le agradecerá



largo tiempo. Todas las artes de seducción á recurrir mientras nos conquistan, se desvanecen



por completo en cuanto ellas logran lo que se proponen. Además, las mujeres honradas..., las mujeres propias..., nuestras mujeres... no son..., es decir, son..., les falta... En fin, desconocen los recursos de su oficio amoroso... Eso es... Yo me entiendo.

No dijo más, y no pude comprender claramente su idea.

Dos días después de aquella entrevista, me hizo ir á su gabinete, por la mañana, para enseñarme una colección de grabados.

Sentado en una butaca, frente á la puerta que separaba sus habitaciones de las de su mujer, percibía yo rumores de faldas, pasos, movimientos, y, sin preocuparme de los grabados, murmuraba:

—¡Precioso!, ¡magnífico!, ¡magnífico!

De pronto, él exclamó:

—¡Ah! Tengo una verdadera maravilla. Voy á buscarla.

Y precipitándose hacia la puerta, empujó, abriendo las dos hojas de par en par, como si buscara un efecto escénico.

En su habitación desordenada, entre vestidos, blusas y peinadores tirados por el suelo, enjuta, despeinada, en corsé, con una rota y descolorida enagua de seda pendiente de su talle desmedrado,

la vi frente á un espejo cepillando su cabello rubio, pobre y lacio.

Sus brazos formaban dos ángulos agudos, y como se volvió hacia la puerta sorprendida y asustada, pude contar á través de la camisa ordinaria, los huesos de un armazón que se cubría de algodones para fingir las formas en público.

El marido retrocedió al punto, cerrando la puerta de prisa y diciendo, con el semblante afligido:

—¡Qué torpe soy! ¡Qué imbécil! Nunca me perdonará mi mujer ese descuido imprudente.

Yo estuve á punto de manifestarle mi agradecimiento.

A los tres días, me fuí, dando un fuerte apretón á los dos hombres, y besando la mano de la señora, que me despidió con frialdad.



.....  
Carlos Massouligny había concluído; pero alguien le preguntó:

—Y el caballero acompañante, ¿qué representaba?

—Lo ignoro... Sin embargo..., sin embargo, me pareció que le desolaba mi huida...